

LA ESPERA
O
DOS DÍAS ANTES DE QUE TODO CAMBIARA

ESTHER LÁZARO

A Luis.

«No hay veneno como el miedo»
MAX AUB

Barcelona, 24 de enero de 1939.

APOLONIA.- HAY QUE IRSE. ¿ME OÍS? ¡Hay que irse! Vamos, venga, vamos, daos prisa. Hay que salir de aquí. Aquí no nos podemos quedar. ¡Ven-ga!... Qué parsimonia me traes, hijo. Nos tenemos que ir. Están al caer, lo sé bien. Vamos, vamos, vamos. Hay que irse. ¡Hay que irse! ¡Mo-veos! Haz el favor de ayudarme con eso. Anda. No, no, coged lo que... ¡No te lleves eso! ¿Para qué quieres esos legajos? No, hijo, no, eso no es imprescindible. Ah, bueno, si te sobra sitio en la caja... Sí, ya lo sé. Pero ¿qué quieres que te diga? Mejor así, no perdemos tanto tiempo en recoger. Cuando no hay qué recoger... No lo sé, hijo, no lo sé. Me lo ha dicho la Encarna. Pues lo sabe porque su marido está metido en... en eso, en esas cosas. Ay, pues yo qué sé qué cosas, cosas de la guerra. Que lo sabe y punto. ¿Pues qué Encarna va a ser? La de la esquina, la de Sepúlveda. Sí, esa, esa. Exacto, eso mismo, ¿y qué he dicho yo? Pues a eso me refería, a la Confederación esa. Bueno, venga, ¿eso ya está? Muy bien, ayúdame con esto ahora. No hay tiempo que perder. Hay que irse. ¿Y cómo quieres que lo sepa, hijo mío de mi alma? Si estuviera tu padre aquí, otro gallo nos cantara. Sólo sé que nos tenemos que ir de aquí, y si puede ser hoy, mejor que mañana. No, hombre, no, ¿cómo vamos a intentarlo otra vez? Hay que irse hacia arriba, para el norte. Ay, ¡no me

pongas más nerviosa de lo que ya estoy! ¡Ya te he dicho que no lo sé, hijo! ¿Dónde se ha metido tu hermano? Ya debería haber llegado. Tú, Mariano, ¿por qué no te acercas a la trapería y le mandas llamar? Seguro que está todavía ahí, ese niño no se entera de nada... Mira que le dije que, en cuanto hubiera movimiento, dejara lo que estuviera haciendo y se viniera corriendo para casa. Pero nada, como quien oye llover... Sí, claro que movimiento hay cada día, pero no como este. Bueno, ya lo sé, sí, ya lo sé. Pero mira, va a ser hoy el día en que nos vamos a ir. ¡Pues ahora iré a preguntar!... Tú ve a por tu hermano y tú quédate aquí por si llegara y vigila a Pepe, que yo vuelvo en seguida. E id guardando también algo de comida para el viaje. Qué comida, qué comida... Mira, Emilio, ¡no te me pongas descarado, que te arreo! Algún trozo de pan tendréis por ahí escondido, ¿no? Quedaos aquí, que ahora vengo. Bueno, sí, tú vete, claro. Si es que no sé qué haces todavía aquí, ¡ya podrías estar en Gran Vía!

¡Encarna! Encarna. ¿Qué noticias hay? ¿Pero eso es seguro? Jesús, María y José... Si ya se veía a venir. Mis dos mayores dicen que ha habido un pacto. Pues un pacto, un pacto para perder. Desde que se llevaron a los hombretones esos extranjeros que lo dicen, mi Mariano y mi Luis. Hija, ya, qué van a saber ellos, pero como todo el día andurrean, algo habrán oído. Que cuando el río suena... Bueno, mujer, no te pongas así, si yo no estoy diciendo nada de Antonio, si tu marido es muy honrado. Pero ya me dirás tú para qué tuvieron que despedir a toda esa buena gente que había venido aquí por nosotros. Sí, bueno, eso de la libertad y de luchas contra el fascismo es muy bonito, pero esta guerra es nuestra, ¿sí o no? Pues ya está, vinieron por nosotros. Y si se los llevaron de vuelta a Checoslovaquia o a donde sea que vivan, pues será que ya nosotros no les importamos tanto a los que mandan. Que mis niños tienen sesera, sobre todo el Luis, y no creo yo que digan eso por decir... Que sí, mujer, en cuanto llegue se lo preguntamos. He mandado al otro a por él, porque no sé dónde se ha metido, y ya les he dicho que hay que irse pronto, porque están al caer. Que hay que irse. ¿Vosotros os vais también? Claro, claro, sí... Jesús, tú dirás. Desde luego, cuanto antes mejor. No quiero ni pensar qué nos harán esos moros que dicen, como entren antes de que nos hayamos ido... Pues eso estaba haciendo, coger lo imprescindible. Pero, mujer, la verdad, si es que nosotros lo imprescindible lo perdimos ya hace dos años... Lo poco que tenemos es prescindible. Cuatro trapos y para de contar. En un baúl nos cabe

todo lo de los cinco. Y hasta queda espacio para una cajita que tiene Emilio con recortes y que no quiere dejársela aquí. ¿Pues qué le voy a decir, a la criatura? Si ese es su entretenimiento, pues que le dure. Que es el que más me cuida de Pepe cuando nosotros andamos fuera. ¿Qué le voy a decir? Claro, faltaría más, ve, ve. Estaremos aquí en la casa, sí. Si quieres pasarte, aquí nos encuentras, no creo que nos hayamos ido todavía. Ale, ve con Dios... ¡con salud! Perdona, hija: manías que tiene una que no se le quitan por más que... Sí, nos vemos ahora cuando vuelvas. ¡Que haya suerte!... ¡Encarna! Encarna, disculpa, una cosa... ¿Tú sabes dónde podemos...? ¿O qué hay que hacer para irse...? Paseo de Gracia, sí. Subiendo a la derecha. De acuerdo. ¿Y le digo que vamos de vuestra parte? Ah, de acuerdo, de acuerdo. Estupendo. Muchas gracias, Encarna, de verdad. Saluda a Antonio de mi parte. Id con cuidado. ¡Gracias!...

Virgen Santa, ¿todavía no han llegado tus hermanos? Si son ya las diez de la mañana, ¡se nos va a echar el día encima! Pepe, hermosura, ven aquí, trae, ven que te ponga bien la chaquetica, que vas a coger frío en la calle. Abrígate tú también, Emilio. Bueno, les esperamos diez minutos más, y, si no vienen, vamos tirando nosotros. Ya me he informado de a dónde hay que ir. A ver, coge tú de una de las asas, a ver si podemos... uy, déjalo, hijo, déjalo. Este trasto pesa más que un muerto. Sí, ya sé que va medio vacío, pero es el armatoste en sí. Ya nos costó Dios y ayuda traerlo desde Sant Antoni... Sí, claro, pero ahora no podemos pedirle a nadie que nos eche una mano. Bastante tiene ya cada uno con lo suyo, ¿que no lo ves? Si estamos todos igual, y aquí no deja de llegar gente y más gente. Pues nada, no hay que decir nada. Nosotros vamos donde nos han dicho, y ahí ya nos ayudarán a salir. Pues no lo sé, hijo, no lo sé... Espero que no, la verdad, porque ya no tenemos nada para vender... Mira, si no fuera por este, nos iríamos a pie, como se van muchos. Pero Pepe no aguantaría ni tres horas andando... No, ricura, no, que nos conocemos. A los dos minutos querías que te llevara en brazos, y tu madre no está ya para esos trotes... A ver qué nos dicen los hombres estos a los que vamos a ir a ver. No, deja, deja eso, da lo mismo. Pues precisamente, ¡ya no vendrá de un mueble menos!... Vete tú a saber dónde estarán... Pero es igual, ya no los vamos a necesitar más. Tampoco podríamos llevárnoslos, ahora. ¿No ves que hay gente que los coge y luego los deja por ahí tirados? No se puede andar acarreando muebles, Emilio, no digas tonterías. No, ni siquiera con una carreta de

las que alquila tu hermano... Míralos, ¡hablando del rey de Roma, por la puerta asoma! ¿Dónde os habíais metido? A ver, ayudadme los dos con el baúl, que no hemos podido levantarlo antes... Esperad, esperad, a la de tres. Una, dos y... Que no, que dejadme a mí también, que tengo fuerza. Mariano, que no, que yo os ayudo, que os vais a hacer daño los dos solos... ¿Lo veis? No hay manera, no se puede. Pues no sé, hijo, no sé cómo lo trajimos. Nos ayudaron los chicos que había en el puesto donde lo compramos, ¿no te acuerdas? Si tú venías conmigo. Sí, esos dos que había allí. Y dale, ¡el otro!... Pero vosotros ¿en qué mundo vivís? ¿Os parece que la gente no tiene nada mejor que hacer que ayudarnos a nosotros, ahora, con la situación que hay? ¿¡Cómo van a ser rumores?! ¡Rumores, dice! Que yo lo sé de buena tinta, que lo ha dicho Antonio, que era del ejército y conoce gente allí. Y además, si no hay más que ver la de movimiento que hay desde hace unos días, que no deja de subir gente. Como siempre no, Mariano, no como siempre. Con la de horas que te pasas haciendo el golfo por las calles, no sé cómo no te fijas un poco más en las cosas, hijo. Bueno, venga, que hay que irse. No, a Paseo de Gracia. Iremos a un local de la CNT-FAI. Ya lo sé, pero no importa: vamos de parte de Encarna y Antonio. No, a ver, poneos más ropa, que no creo que volvamos ya. Comer, comer, comer, sólo pensáis en eso, criaturas... Pues cuando se pueda, Emilio, cuando se pueda. Qué sé yo. Igual nos dan algo en el sitio este. ¿No tenías una corteza de pan escondida? ¿Ves? ¿Qué te dije yo? Que te la guardaras para cuando hubiera necesidad... ¡Pues más necesidad aún! Dame la mano, Pepe. Venga, vámonos ya, *que és tard i vol ploure*.

Buenos días... camarada. Mire usted, venimos de parte de Antonio Carratalá y de su señora la Encarna, que nos han dicho que teníamos que venir aquí para salir. Sí, eso, eso mismo. Pero verá usted, nosotros es que no... No, somos sólo nosotros cinco, los cuatro niños y yo. Pero que le decía que no tenemos carné ni... Sí, sí, claro, de los suyos somos, sí. Por eso queremos irnos, claro. Mi marido votó al presidente Azaña en las últimas elecciones, a Izquierda Republicana. ¿Yo? Pues lo mismo, ¿a quién iba a votar yo? Servidora a quien mi marido me dijo, faltaría más. No, mi marido nos dejó. No, no, nada de eso, que se fue, que nos dejó, que... falleció, vamos, que se murió ya hace ahora año y medio. Uy, no, mi Mariano bendito no, si no sabía ni matar a una mosca. La tuberculosis se lo llevó. Fijese usted, qué cosas. Toda la vida trabajando en la era y viviendo en pueblos y cuando venimos para la ciudad... nada, visto

y no visto. Claro, ya me dirá usted, allí pues ni nos hubiéramos enterado de que tenía eso en el pulmón. Pero los médicos de ciudad, pues claro, son otra cosa. Una moneda de cincuenta céntimos tenía el pobre hombre en el pecho. No hubo nada que hacer, ni cinco meses nos duró, pobrete. Y eso que se portaron muy bien los médicos y nos lo llevaron aquí arriba, al hospital del Espíritu Santo –con perdón–, en Santa Coloma. Estábamos entonces en Terrassa, ¿sabe?, allí en el Vallés, en casa de mi cuñado, de su hermano, y yo iba casi todos los días a verle al hospital de tuberculosos. Y nada que decir. Estuvo ahí muy bien, mi pobre Mariano. Y ahí lo vamos a dejar enterrado, claro, ¿qué le vamos a hacer? No podemos llevárnoslo con nosotros... Ay, por supuesto, perdóneme usted, es que los nervios se me ponen todos en la lengua y ya ve cómo va, que echa humo. Dígame usted, ¿qué hay que hacer? Porque ya le digo que no tenemos carnés de los suyos... Bueno, ni de ninguno, que papeles no tenemos tampoco. Somos refugiados, de la zona del Aragón. Pues muy bien. Y, óigame una cosa, ¿el viaje... lo paga la República o...? Ah, menos mal, porque ya estaba yo preocupada por si costaba algo. Madre mía, pues que Dios se lo pague lo que están haciendo por todos nosotros ustedes, de verdad. Ay, perdone, que se me ha caído Dios de la boca, pero no quería yo decir eso... Usted ya me entiende. ¿Y ahora qué? Ah, claro, esperar, sí... Pero, ¿hay que esperar mucho? Ya veo... ¡¿Toda esta gente?! Virgen Santa, ¿y ya dará tiempo de que nos evacúen a todos? ¿Cuántos cabemos en esos camiones? De acuerdo, claro... Ah, no, por eso no se preocupe, si ni equipaje llevamos. Lo poco que teníamos lo hemos dejado en la casa, porque lo hemos metido en un baúl pero no lo movemos. A estos críos míos les fallan ya las fuerzas... Tú dirás, claro, con el hambre que están pasando... ¿Nos van a dar ustedes algo de comer mientras esperamos? Oh, claro, claro, no, perdone, faltaría más, no quisiera yo abusar. Bastante hacen ustedes ya, bastante. Muy bien. Pues muchas gracias. Pues vamos a esperarnos ahí y ya nos avisan cuando nos toque... Ah, sí, de acuerdo, no vamos a movernos de la cola, por supuesto. Gracias, gracias, de verdad...

Niños, venid aquí. Aquí, vamos a ponernos en este rinconcito de aquí, detrás de estas mujeres. A esperar. Al camión. Sí, a un camión que va a venir para llevarnos para arriba. Claro, Pepe, a todos. ¿O es que crees que vamos a dejarte aquí solito? Pues un rato. Un rato largo, me parece a mí, porque tenemos a toda esta gente delante. Pues a donde nos lleve, no lo sé, ya tanto no he preguntado. Digo yo que habrá algu-

na parada en la frontera o algo así. Todo el mundo se está yendo para allí... Si es que ya os lo he dicho yo: hay que irse. ¿Pues qué quieres que hagamos, hijo? Trabajar, como hemos hecho aquí. Lo que se pueda. Si no se puede, pues no se puede. Pero vamos, que por intentarlo no va a quedar. Y eso va por ti, Mariano, que eres el cabeza de familia y el que menos ayuda. Con la de papeleo que hubo que hacer para reclamarte, ¿verdad, Luis? Y la caminata hasta Horta que nos pegamos tu hermano y yo... Descuida, que si yo llego a saber que luego te ibas a pasar los días andurreando de aquí para allá, apareciendo cuando te viniera en gana, y sin hacer el más mínimo esfuerzo por encontrar una ocupación, allí te hubieras quedado, en el cuartel. Sí, eso lo dices ahora porque no estabas allí, pero llega a vivir tu padre y a ti te mandan al Ebro, hijo. ¿O te crees que te hubieran tenido siempre en la retaguardia? ¿Y qué más da la edad que tengas? ¿Acaso te echaron para atrás cuando fuiste voluntario a alistarte? Ah, pues tú dirás. Si con catorce años les pareciste bueno, con dieciséis todavía mejor. De verdad, hijo, ¿cómo te gusta darme disgustos!... ¿A quién se le ocurre irse a los puestos esos que pusieron ahí en la plaza? En mala hora nos dieron refugio al lado, que de no haberlos vistos... Pues no, hijo, no. Porque ¿cuándo hubieras pasado tú por plaza Universidad, si no? Ya te lo digo yo: nunca. Que te paseas mucho por allí, pero porque está al lado del hotel. Del hotel donde vivimos, Pepe. Sí, vivimos en un hotel, ¿no te habías dado cuenta? No, claro, porque ya no funciona como un hotel de verdad, ahora es para que vivamos los refugiados. Sí, se podría decir que sí, que nos lo dejan. No, corazón, no creo que nos vayan a dejar otro hotel en Francia... O quizás sí, vete tú a saber. Vamos a ver si al llegar encontramos a vuestra tía María, que me dijeron que se habían ido para allá cuando llegaron los nacionales al pueblo. Claro, el tío y la prima también. Por lo mismo que nosotros, hijo. Porque Franco es muy malo, ya lo sabéis que lo dice todo el mundo. Sí, veremos a la prima cuando lleguemos a Francia, Pepe, no te preocupes. Seguro que ella también tiene ganas de veros. ¿Qué pañuelo? Ah, pues es verdad, sí. Pero ese no es el de la prima, ese es del señor que nos deja subir al camión. Bueno, seguro que la prima tiene más y te da uno cuando la veas. No, Pepe, no te pongas pesado, ese no puede ser, es del señor. Sí, del camarada, Mariano, del camarada... Qué pesadito te pones con los nombres, hijo. ¿Y tú qué sabes si no tiene nada de señor? A mí me ha parecido muy educado, cuando hemos hablado. No parecía un pueblerino como nosotros, vamos. Que también algunos señores son de la cosa esta de las luchas del pueblo. ¿Qué es eso

de faista? No seas malhablado, Mariano. Ah, bueno, de la FAI, sí, ya. Pero igualmente puede ser un señor. Pues un señor más radical, ¿por qué no? Ale, venga, pues para ti la perra gorda. Cómo se nota que eres mañico, hijo... Tienes la misma cabeza dura que tu padre, Dios lo tenga en la gloria. ¿Qué quieres, ricura? ¡Pepe! ¿De dónde has sacado eso? Emilio, ¿no estabas vigilando a tu hermano? Deja ya los recortes esos, haz el favor. A ver, corazón mío, ¿qué te había dicho yo? ¿Por qué has ido a pedirle el pañuelo al señ-... al camarada? Pero si la prima tiene muchos, de estos, ¿para qué va a querer otro? Ah, bueno, si te ha dicho que él también tiene más... Sí, trae, que te lo ato aquí al cuello. Emilio, basta. Sí, ya lo sé, yo también tengo hambre y no me estoy quejando cada dos por tres. Hay que aguantar un poco, ¿de acuerdo? No sé si nos van a dar algo o no, ya veremos. Es pronto aún, sólo son las once y media, y anoche cenamos... Claro que habrá comida en Francia, Pepe. ¿Tú qué te crees? ¿Qué los franceses se alimentan del aire, como nosotros? Allí no están en guerra. Por eso hay que irse de aquí. No, hijo, no, ahí las píldoras del doctor Negrín seguro que no llegan. Y, si las hay, serán sólo lentejas. Vamos a estar muy bien, ya veréis.

¿Asunción? ¡Ay, qué alegría!... Soy la Apolonia, del pueblo. Sí, la de casa Ostal, la nuera de los Sanz. ¡Claro!... ¿Cómo estáis? No sabía que estuvierais aquí. ¡Cuántos años sin vernos!... Sí, estábamos en Vic. Luego pensamos en volver para el pueblo, y hasta mandamos los muebles y todo, pero se ve que los trenes ya no pasaban de Lérida, porque estaba el frente, ¡y vete tú a saber dónde acabarían nuestras cosas!... No, mujer, nosotros íbamos medio a pie, medio en carro,... Pero ni siquiera llegamos al pueblo, porque de camino ya nos encontramos con muchos que bajaban de ahí y nos decían que a dónde íbamos, que los nacionales estaban ya llegando y los soldados les decían que se fueran para Lérida... Y mira, así estamos otra vez, huyendo un poco más. Alejándonos un poco más de nuestra tierra, ¿verdad?... Pues sí, no queda otra, claro... Sí, ahí están todos. Mariano, el mayor. Es verdad, sí que se parece a su padre en la planta, sí. El que está apoyado en la pared es Luis. Sí, ¡el mismo! Es que tenía tres meses cuando nos fuimos del pueblo, claro... Ha crecido mucho desde entonces. Y además ha pegado un estirón últimamente, a pesar de todo. Catorce años tiene ya. Y esos son Emilio y Pepe, el pequeño. ¿No los conocías? Ah, no, claro, nacieron ya en Vic, ellos. Pues Emilio, doce y medio, y Pepe, cinco. Sí, mira, fue un poco inesperado, porque tampoco estábamos ya para mu-

cho tute, nosotros, pero... es la alegría de la casa. No, ¿no lo sabes? Mi Mariano nos dejó hace ya dos veranos. Ay, no sé por qué pensaba que os habríais enterado, allí en el pueblo... Ah, ¿tanto? Entonces no sois refugiados de guerra. Ah, ya entiendo, claro. Sí, sí, ahora que lo dices, una prima de Mariano se vino también hace unos años a servir aquí a Barcelona. En la calle Balmes, estaba, creo. ¡Sí, Madalena! Ay, ¡qué gracia!... Fíjate tú, si es que el mundo es un pañuelo. ¿Y bajasteis muchas? Qué bien... Claro, mucho mejor. ¿Y qué sabes de ella? Ah, vaya... No, la verdad es que nosotros nos vinimos a Barcelona cuando Mariano estaba ya... que le quedaba poco... y, ¿qué quieres que te diga?, no pensé yo en contactar con nadie, no estábamos entonces para esas cosas, y luego ya... De tuberculosis, hija. Sí... Pues eso dice todo el mundo, que con lo sano que estuvo siempre... Que ni cogía un resfriado, ni le oímos nunca una tosa, ni... nada. De un día para otro, ya ves tú qué cosas. Pero así es la vida, ya se sabe... Unos llegan y otros se van. Sí, como esos y nosotros... Que a ver si nos vamos pronto, porque están al caer. Sí, sí, si están ahí mismo. En una semana los tenemos aquí ya. A mí es que me informa una vecina, que su marido es... es de estos de... de aquí, de... ¡miliciano!, eso. Pero le hirieron en el frente y se tuvo que volver. Pero está enterado de todo. Por eso estamos aquí, también. ¿Qué Constantina? ¿Mi cuñada? Ay, no, no me he enterado... ¿Qué le ha pasado? No me digas... ¿Jaime? Madre del amor hermoso... ¿Y cómo fue? ¿Qué me dices? Pero si era de la edad de mi mayor... Malditos sean todos, te lo juro. Los unos y los otros. ¿Y cómo se enteró? Ah, ¿y fue hasta allí a verle? No me digas... Pobre Constantina... Y pobre Jaime, con lo bueno que era ese niño... Y allí se ha quedado, me imagino, ¿no? Sí, claro, ¿qué iban a hacer? Como yo con mi marido... Madre mía, me has dejado... Pobre criatura... A nosotros no se nos llevaron al mayor porque para cuando les llamaron su padre ya faltaba y tenía que quedarse como cabeza de familia, claro, que si no... ¡Hasta alistado estaba! Sí, hija, sí, voluntario que se fue, el muy zoquete. Pero como no tenía edad para ir al frente, se lo quedaron ahí arriba en un cuartel y no pasó de ahí. ¡Qué angustia!... No se lo quise ni contar a su padre, que ya estaba en el hospital y bastante tenía con lo suyo. Ay, pobre Jaime... ¡Y pobre Constantina!... No me puedo ni imaginar lo que debe estar pasando... Menos mal que mi Mariano no ha tenido que ver todo esto, porque... ¡qué pena, por Dios, qué pena!... Bueno, oye, que me alegro mucho de veros. Sí, aunque no sea en las mejores circunstancias, claro está... Me vuelvo a mi sitio, no vaya a llegar el camión. ¡Hasta ahora!...

¿Qué?... Asunción, una del pueblo, no la conocéis. Mariano. Mariano, ven aquí un momento, anda. Que vengas, te digo. Ven. Acércate. No pasa nada, no pasa nada. Sólo voy a hablar un momento con tu hermano... Sí, estoy bien. Es Jaime. Jaime, tu primo Jaime. No, no está aquí... Se ve que le llamaron para ir al Ebro, era de los del biberón, que dicen. Sí, como tú, hijo... Pues no sé si ha podido defender mucho a la República o qué, pero la República a él poco le ha defendido... Le hirieron. Mucho. No... Lo llevaron a un hospital, a Cervera, y tu tía fue para allá corriendo para verle, pero... ¡Que no, que no está bien, Mariano, que está muerto! Perdona, hijo, perdona... No quería... Sí. Ha muerto. Una desgracia, pobre criatura... Y tu tía está deshecha, ya te puedes imaginar... ¿Ves? Y tú querías irte al frente. En vez de Jaime, podrías haber sido tú. Como han muerto tantos. Sí, Mariano, sí, está muerto. Lo enterraron allí en Cervera. Mariano, hijo, ¿qué te pasa? Muerto es muerto. Que le han matado, al pobre. Que se le murió a tu tía en los brazos en el hospital, que no pudieron hacer nada. Era un trozo de pan, ese niño... Mariano, ¿dónde vas? Mariano. ¡Mariano! ¡Ven aquí! Tu hermano, ¡que se ha echado a correr!... No, no, déjalo, Luis, deja que se vaya y que se desbrave... En seguida viene, ya verás. Nada, venga, vamos dentro. Nada, te digo, no seas cabezón tú también. Ya lo sé, Luis, ya lo sé... Si tú eres el más mayor de todos, en realidad. Si no llega a ser por ti, estos últimos meses... Ven, ven aquí. Ay, pobres hijos míos, cómo nos tenemos que ver... Han matado a tu primo Jaime. Sí, Jaime. No, en el frente, le hirieron y no sobrevivió. Oye, ¿por qué has dicho eso? ¿Quién lo dice? Pero es una tontería, no puede ser que estén bombardeando a la gente que se va por los caminos... Pues porque... porque una cosa es que tiren bombas en las ciudades que quieren ocupar, pero a la gente que se va, ¿para qué van a tirarles bombas? ¿Qué más les da a ellos que se vayan? Seguro que no lo has entendido bien, hijo. ¿Qué hombres lo estaban hablando? ¿Esos de ahí? Bah, ¿qué van a saber ellos? No parecen milicianos. No hagas caso, hijo, seguro que se referían a otra cosa... Pepe, por Dios, no chupes el pañuelo, hombre. Que a saber dónde ha estado metido. ¿No ves lo sucio que está? ¿Gustoso? No digas tonterías, anda. Va a estar eso gustoso... Ni lo digas, eh, Emilio, ni lo digas. Que ya sé yo lo que vas a decir y no, no hace falta. Estamos todos igual y mira, tus hermanos no se quejan ni yo tampoco. Eres el único que sólo piensa en eso. Y también Pepe está creciendo y no pide para comer cada dos por tres, hijo mío. Que parece mentira que seas de los mayores... Ahora viene, ha

ido a dar una vuelta. Ya le conocéis, ¡a él no se le caería nunca la casa encima!... No, hijo, no, no hay que ir al refugio, es sólo una forma de hablar, criatura... Sí, ve a ver si llega el camión, anda... Y si llega, nos avisas. Eso mismo. Y tú ven aquí, burrico mío, y deja estar ya el pañuelo, que le vas a sacar brillo, al final. ¿Qué? Si oigo ¿qué? Luis, está muy feo escuchar conversaciones ajenas, ya lo sabes. No hagas caso, anda, hablarán de... otras cosas. No, estate quieto aquí, que a ti nadie te ha dado vela en ese entierro, ¿a que no? Pues ya está. Quédate aquí con nosotros. Quédate aquí conmigo. Ven. Vamos a rezar un padrenuestro y una gloria por Jaime, ¿quieres? Bueno, bajito, bajito, muy bajito, no va a oírnos nadie... Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, Señor, y perdona nuestras culpas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación, líbranos de cualquier mal, amén. Gloria al padre, al hijo y al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos, ahora y siempre, amén. Jaime, pobre hijo... ¿Luis? Ay, criatura... Luis. Luis, corazón mío, despierta. Luis... No podemos dormirnos ahora, que puede llegar el camión en cualquier momento... ¡Luis!... Da igual, Emilio, déjale que dormite un poco, que el pobre ha madrugado mucho para ir a la trapería y anoche, en el refugio, el único que durmió como un tronco fue Pepe. ¿Verdad que sí? Angelito... No has visto que venga el camión, ¿verdad? Ya... Bueno, siéntate aquí con nosotros, anda. ¡Que te quites esto de la boca, cabezoncico mío!...

Ay... ¿Luis?... ¿Emilio?... ¡Será posible!... ¡Que nos hemos quedado dormidos aquí apoyados!... ¡Y hay que irse!... No habrá venido el camión, ¿no? A ver, voy a ir a preguntar por ahí... ¿Dónde está Mariano? Luis, ve a ver si lo ves por aquí o por ahí afuera. ¿Y cómo lo sabes, si estábamos los cuatro en duermevela? Anda, ve. Y tú quédate con Pepe. Y átate bien el abrigo, hijo, que hace frío. Oye, ¿ves a las mujeres que van delante nuestro en la cola? ¡Ay, Dios santo, que ha llegado el camión y no nos hemos enterado!... ¿Quién nos va a avisar? Hijo, aquí, quien no corre, vuela. ¿Crees que nos avisarían, con la de gente que hay esperando? Mejor para ellos, ¡unos menos en la cola!, habrán pensado. Eso igual sí, porque yo hace ya años que tengo el sueño muy ligero y un camión arma bastante jaleo... Bueno, mejor nos aseguramos. Tú mira a ver si encuentras a esas mujeres. Al grupo de la Asunción tampoco lo veo... ¡Como haya venido...! Que, a lo tonto, a lo tonto, llevamos

aquí ya cinco horas, casi... Bueno, voy a preguntar eso también, estate tranquilo y procura no pensar en ello. Que, cuanto más piensas, más hambre tienes, ya lo sabes. Luis, ¿qué? ¡Vaya por Dios!... Me va a volver loca, vuestro hermano. ¿Pero dónde debe haber ido, si sabe que puede llegar el camión de un momento a otro? Este hijo mío no... Bueno, quedaos aquí, voy a preguntarle al señor. Emilio, no tomes tú el relevo, eh. Que bastante tengo ya con Mariano. Señor, camarada, ¿qué más dará?...

Camarada, perdone usted. No, mire, es que nos hemos quedado ahí un poco traspuestos y no sabíamos si habría llegado el camión de mientras tanto... Ah, menos mal, ya estaba yo preocupada por si se nos había pasado la tanda. ¿Y sabe cuánto va a tardar? Es que tengo a los niños ya muerticos de hambre... ¿Sí? ¿Usted cree? Ah, claro, no se me había a mí ocurrido. Pues ahora se lo digo, muchas gracias. Nosotros es que vamos detrás de unas mujeres, pero no las vemos... Ah, claro, ya entiendo. Sí, figúrate, tantas horas de espera no todo el mundo las aguanta... Entonces, ¿con que se quede uno, ya...? Muy bien. Muchas gracias. Por cierto, otra cosa... Ya imagino que no, pero es que mi hijo ha oído a unos hombres que hablaban de que bombardean también las carreteras por donde se está yendo la gente... ¡Madre del Señor hermoso!... Pero... ¿ya es seguro irse? Sí, claro, más que quedarse, tú dirás... ¿Ah, sí? Míralo qué bonito, ellos ya camino de Francia, y nosotros todavía aquí. Porque ya deben haber llegado, ¿no?, si salieron ayer tarde... Hombre, claro, si yo eso ya lo comprendo, que ellos tienen más responsabilidades, claro está, para eso son políticos. Pero fíjate en qué situación nos han dejado... No, claro, si yo no digo nada, si yo de estas cosas de la guerra no entiendo, pero a mí me pareció mal que Negrín mandara de vuelta a casa a los... eso, los brigadistas. Menos mal que el desfile de despedida fue bonito, al menos, eso sí. A los niños les encantó. Pero, la verdad, para unos que venían a ayudarnos... Mis hijos dicen que eso fue un pacto para perder. Ah, pues con quién ya no lo sé... Digo yo que no sería con Franco, claro. Igual con algún país o... Discúlpeme, señor camarada, es que los críos dicen tantas cosas... Son pequeños aún, no crea. Bueno, el mayor no, que de no ser porque mi marido falta, me lo hubieran mandado al frente. Como a su primo Jaime, que nos acabamos de enterar que el pobrete... Ay, claro, claro, este se usted por sus cosas, faltaría más. Perdóneme, ya sabe, los nervios... Pues gracias. Gracias...

¿No ha aparecido tu hermano aún? ¡Si es que me lleva por el camino de la amargura hasta cuando hay que irse!... No, no, tranquilos, no ha llegado aún. Me ha dicho el... camarada que podéis salir a buscar algo de comida. Yo me quedaré aquí para guardar el sitio, que no se piensen que nos hemos ido. Intentad comer algo y, de lo que os den, guardad un poco para Pepe. No, corazón, tú te quedas aquí conmigo, que solos irán más rápidos. Procurad no tardar demasiado. Y si veis a Mariano, decidle que venga para acá en un santiamén, que me tiene negra. Bueno, eso no se lo digáis. Que venga, sólo. Aquí os esperamos nosotros. Que no, Pepe, que no puedes ir con ellos, no seas pesado. Mira, tú y yo nos esperaremos aquí, que estamos más resguardados del frío, y ellos en seguida vuelven y te traen algo para comer. Sí, pan podría ser. No, carne seguro que no, corazón... ¿Yo? ¿De dónde quieres que la saque? ¿Me corto un trozo de muslo y te lo hago a la sartén? ¡Qué bandido! ¡Te estarías comiendo a tu madre! Y serías un caníbal. Es gente que se come a otra gente. Pues no sé si los hay en la guerra, hijo... Igual sí. Si hay hermanos que matan a sus hermanos, con el hambre que se pasa, alguno habrá que también se los coma. ¡Pero si mi muslo no estaría nada jugoso!... Tu madre no tiene ya las carnes como en otros tiempos... Habría poco que sacar de estas piernas, hermosura. ¿A padre? ¿Cómo iba a cortar a padre para que nos lo comiéramos? ¡Qué cosas tienes, a veces!... ¡Ah, eso!... No, hijo, no, esa carne no era de tu padre. Bueno, claro, sí que lo era, pero no en ese sentido que tú lo dices. ¡Dios nos libre!... ¿Te acuerdas cuando tu padre se puso malito y se lo llevaron al hospital para que estuviera mejor para cuando el Señor le recibiera en el cielo? Pues en ese sitio le daban carne para comer, pero tu padre no podía tomarla porque ya no... bueno, porque no estaba demasiado bien. Así que la guardaba para vosotros y yo os la traía cuando volvía de visitarle. Por eso decía que era carne de padre, no porque se la cortara a él. ¡Qué brutote eres!... ¿Yo? No, hijo... Yo no me voy a morir. Bueno, algún día sí, claro, como todo el mundo. Pero será dentro de muchos, muchos años... Cuando ya seáis mayores y yo sea muy viejecita... ¿Cómo que más? ¿Qué quiere decir más? ¿Ves como eres un bandido? ¡Llamarle vieja a tu madre!... ¡A ti te tendría que comer yo! Sí, no te rías, no, malvado. Ven aquí, ¡que no te escapas del ataque de cosquillas que te has ganado!... ¿Qué? ¿Eh? ¿Te como? ¡Sí, te como!... ¡Ay, qué rico está Pepe!... ¡Qué tiernececico y sabroso!... Anda, si hay más carnececica por aquí debajo... ¡Y por aquí!... ¡Qué festín! ¡Nos vamos a poner las botas cuando lleguen...! El camión. ¡El camión!... Ay, Dios mío. Pepe, ven, ven,

levanta, ponte bien, venga, ven. Espera, espera, el abrigo, ponte bien el abrigo, así, así, el abrigo... Ay, Dios mío... ¡Dios mío!... Mis niños. ¡Mis niños!... Ven, cógete, vamos a asomarnos ahí, a ver si... ¡Nosotros! ¡Nosotros también subimos! ¡Cinco! ¡Cuatro niños! ¡Vamos, sí, ya vamos! Ven, corazón mío, vamos para allá... Ah, de acuerdo, sí, nos esperamos aquí. Faltan mis hijos mayores, ¿puedo salir a buscarles a...? No, si están aquí mismo, si será un momento, de verdad. Mientras van subiendo los demás... No, no, que llevamos ya muchas horas, subimos en este. Que si tengo que esperar al siguiente viaje me voy a volver loca aquí esperando. Si es que están aquí, aquí al lado. Voy y vengo en un santiamén. Pepe, quédate aquí, no te muevas, ¿de acuerdo? ¿Puede vigilarlo un segundo, por favor? En seguida vuelvo. ¡Luis! ¡Emilio! Ay, Virgen Santa... Ayúdame, te lo ruego, madrecica de mi alma. ¡Mariano! ¡Luis! Perdona, ¿ha visto por aquí a dos niños? Bueno, dos chicos. Tres. Uno muy alto, solo, y los otros... Disculpe, ¿sabe dónde puede haber por aquí un...? ¡Ya voy! ¡Están llegando! ¡En seguida vamos! ¡Luis! ¡Emilio! ¡Hijos!... ¡Emilio! ¡Emilio! ¡Luis!... ¡Voy, voy!... Sí, si están viniendo, en un minuto están aquí. Esperen un minuto, por favor. Ya lo sé, ya lo sé, si ya sé que hay que irse, yo también me quiero ir, pero no sin mis hijos. Si es que estaban aquí, han salido un momento porque el señor este, el camarada, me ha dicho que podían salir, que tardaría usted más en llegar con el camión y que fueran a... No, por favor, por favor, un segundo, se lo ruego, un segundo. Voy a decirles que corran más de prisa, de verdad, un momento de nada... Pepe, corazón, no, espera aquí, ¡espera aquí, te digo! ¡Luis! ¡Luis! Dios bendito, te lo suplico, haz que lleguen ahora mismo, por lo más sagrado... ¡No! ¡No, esperen! ¡El próximo no! Vamos a subir en este como yo me llamo Apolonia Ostal, ¿de acuerdo? Con lo que ha tardado en llegar, no le viene ahora de esperar un minuto más. ¿No tiene usted hijos? Bueno, pues esos disgustos que se ahorra... Pero si los tuviera, me entendería. Sí, si los estoy viendo, vienen hacia aquí, pero es que son pequeños, no dan zancadas demasiado grandes, ¿sabe?... Pero en seguida van a llegar, de verdad, en seguida van a llegar... Bueno, señora, nosotros llevamos cinco horas o más esperando, también. Esos sitios son nuestros. ¡Si ya lo sé, que nos pisan los talones, ya lo sé!... ¡Pero que mis hijos están aquí mismo, que llegan ya!... Voy a ver, voy a ver, un momento, denme un minuto más. Sólo uno, se lo juro. Uno más. Sí, uno, de verdad. En un minuto estamos aquí todos y nos vamos. ¡Luis! ¡Emilio! ¡¡Luis!! ¡¡Corred!! ¡¡El camión se...!! ¡No! ¡No! ¡¡Esperen!! ¿Pepe? ¿¡Pepe!?! ¡Mi niño! ¡Pepe! ¡Pare! ¡¡Pare!! ¡Luis, el

camión, Pepe! ¡¡Pepe!! ¡No puedo...! ¡Pepe!... ¡Luis, corre! ¡Corre! Emilio, ¡tu hermano!... ¡Pepe!... ¡Gracias a Dios! ¡Se para! ¡Se está parando!... ¡Mi niño!... ¡Mi pequeñico!... Ya está, corazón, ya está... No llores... No, yo tampoco lloro, ricura, yo tampoco... Luis, bendito seas. Gracias, hijo mío. Pues menos mal que ha frenado... ¿Tú se lo has dicho? Es que, ¿qué hacías ahí subido? ¿Qué mujer? ¡Pero si yo te había dicho que no te movieras de donde estabas!... Bueno, ya está, ya está, no ha pasado nada... Sí, eso sí... Pues nada, ¿qué vamos a hacer?, volver a entrar y seguir esperando a que baje de nuevo... Otro buen puñado de horas, hijo. Venga, vamos. ¿No habéis comido? ¡Vaya por Dios!... ¿Dónde habéis ido? Ah, sí, el cuartel. ¿Y no les había sobrado rancho, hoy? Ya lo sé, todo es un caos, y a cada hora que pasa, más. ¿Y habéis visto a Mariano? ¡Jesús!... No nos sale una derecha, está claro. Bueno, va, tanto da a estas alturas... Lo importante es irse. Pero todos juntos.

¿Qué quieres, hijo? Sí, pero ya ves de lo que ha servido que hablara con ese imprentable. Le pedí que se esperara y ya viste lo que hizo. Ah, ¿pues de qué tenía que hablar yo con él? Luis, deja de preocuparte por eso... ¿Eso dice Pepe? Bueno, pero no vas a hacerle caso a él, ¿no? Tiene cinco años, por el amor de Dios. Seguro que no se enteraba de lo que estaban hablando, estaba asustado porque estaba solo... Pepe, Emilio, venid aquí. A ver, ricura, ¿qué es lo que hablaba esa gente del camión? ¿En las carreteras? ¿Quién dijo eso? ¿Estás seguro de que lo decía el conductor? Pero igual se refería a las carreteras de las zonas del frente... O a los camiones que llevan armas a los soldados, que esos sí tiene sentido que los ametrallen desde los aviones... Bueno, sí, un poco peligroso es, claro, pero seguro que no se refería a... ¡Pues no sé a qué se podía referir, Emilio, yo no estaba ahí, no le oí!... Me estáis poniendo nerviosa ya entre todos. Vamos a ver: dejad de preocuparos, ¿de acuerdo? Estamos juntos y todo va a salir bien. Nos iremos, llegaremos a Francia, nos reuniremos con vuestra tía, y en dos días todo esto quedará atrás y lejos. Claro, Mariano también vendrá. Ya sabe que estamos aquí, seguro que vuelve cuando menos lo esperamos. Ya veréis. Sí, Pepe, lo llevas bien puesto, no te preocupes. Mientras no lo chupes más, ni lo mordisquees, no se te va a mover. No, es mejor que nos mantengamos juntos. Pues también es verdad, sí... Bueno, pues ve, anda, pero no tardes demasiado. ¿Tú también? De acuerdo, id juntos. Vigila a tu hermano, y que no se salpique, que tendremos que pasar varios días más con esta ropa, hijo. ¿Quieres ir tú también, Emilio? No me va

a pasar nada, a mí, por quedarme sola cinco minutos, no temáis. Anda, id, que cuando antes os vayáis, antes volveréis. Para lo que tenéis que hacer tampoco es necesario que vayáis muy lejos, así que en cinco minutos os quiero de vuelta a los tres, ¿entendido? Ale, id, id.

Uy, un rato, dice... ¡Horas, llevo aquí! Teníamos que haber subido en el camión que se ha ido hace poco, pero... ¿Y ustedes? Pues tengan paciencia, que esto va para largo. Creo que hasta dentro de varias horas no volverá a venir, porque entre que llega a la frontera, baja la gente, y se vuelve para acá... ¿Cómo, si vuelve? Pues claro que va a volver. ¿De dónde ha sacado eso? ¿Pero eso es verdad? ¿Tanto peligro hay como para que cuando llegue a la frontera ya no dé marcha atrás para recogernos al resto? Esta es gente de palabra, me parece a mí. Y si han dicho que nos evacuarían a todos los que estemos aquí, lo harán. El marido de mi vecina es de aquí, de estos, y miliciano, herido de guerra, y es un hombre muy honrado y muy de fiar. Sí, claro, si ya comprendo, pero llevan años jugándose la vida por nosotros, ¿no? Ya están acostumbrados... Mientras logren dejar a la gente sana y salva allí arriba, ya se pueden dar con un canto en los dientes. Total, eso es ahora lo que importa, irse de aquí. La guerra me parece a mí que ya no... Que no hay nada que hacer, vamos, que está perdida. No, señora mía, si no es derrotismo, es tener dos dedos de frente. La guerra se perdió hace ya tiempo, y a pesar de eso siguen ahí emperrados en defender la República y en ganar vete a saber qué. Y de mientras, nosotros, a sufrir. ¿No ven que no hay nada que rascar con esos sublevados? Si hasta mis hijos, que son críos, se dan cuenta de eso... Esa gente es mala, son la maldad pura. Tanto los de Franco, como los moros, como los italianos y los alemanes estos que nos bombardean con sus aviones. Hay que ser gente sin alma para hacer esto. Ahora, digo yo una cosa, tampoco los nuestros son unos santos, ¿eh? Porque, vamos, a veces han hecho cada cosa, que... Por ejemplo, mi cuñado, el marido de mi hermana, que es de estos de aquí mismo, de la... FAI, cuando todo esto empezó, se cogieron él y un grupito de amigos suyos unas escopetas y lo que tenían a mano, se fueron a la parroquia, y no quieren saber lo que fue del párroco, porque seguro que no fue nada bueno. Y a los señores de la masía les hicieron tres cuartos de lo mismo. Y mira, esos yo no sé, pero el padre Gabriel no había hecho nada malo, pobre hombre. Con lo bonita que tenía siempre la parroquia. ¡Y la ermita! Que mira que quedaba retirada, pero se iba cada dos semanas a cambiarle las flores a la virgen. Sí, mi marido votó a Izquierda Republicana.

Y yo también, claro. Al presidente Azaña, como tiene que ser. Sí, son mis hijos. Ahora han salido todos, da la casualidad, pero en seguida estarán de vuelta. Ese es el pequeño, Pepe. ¿Le han visto, qué ricura? Ay, sí, ¡qué risa! ¿Pues no va y me pregunta, el muy bruto, si nos hemos comido a su padre a trocitos? Es que su padre falleció hace un año y medio, el pobre. No, claro que no me parece normal, pero es un niño, no hay que hacer mucho caso de lo que pregunta. Ah. ¿Y qué quiere decir? ¿Cómo? No sé si la entiendo... ¿Me está preguntando que si me parece normal reírme con mi hijo y...-¿cómo ha dicho?- revolcarnos por los suelos? ¿Pero me lo pregunta de verdad? Es que no entiendo la pregunta. ¿Apropiado? ¿A usted no se lo parece? Ah. No, sí, claro, si yo eso lo comprendo perfectamente. ¿Se cree usted que nosotros no lo estamos pasando mal? Ni siquiera estamos en nuestra casa, somos refugiados de guerra, perdí todas mis cosas hace tanto que ni me acuerdo, y a mi marido también lo he perdido durante esta maldita guerra. ¿Se cree que no sé lo que ocurre a mi alrededor? Pero es que no entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra, la verdad. ¿De qué respeto me habla? ¿A quién he faltado al respeto queriendo a mi hijo? ¿Me lo puede decir? ¡Vamos, hombre, lo que me faltaba por oír!... Miren, señoras, no quisiera yo ofenderlas, pero me parece a mí que lo que tiene es envidia. Envidia de que alguien pueda reírse a pesar de los tiempos que corren. Y no es que yo tenga el cuerpo para risas, qué va, pero mi hijo tiene cinco años. Es sólo un niño. Y todo lo que recuerda de su corta vida es la guerra y nada más que la guerra. Sus hermanos mayores tuvieron una infancia, jugaron, se divertieron. ¿Con qué derecho tengo que arrebatarle yo eso a mi hijo, si ya bastante se lo ha arrebatado la guerra? Además, ¿verdad que si yo me quito la comida de la boca para que se la coma él, o si prefiero no dormir para asegurarme que él descansa por las noches, a ustedes nada de eso les parece inapropiado? Entonces, ¿por qué me acusan si trato de alejarlo de esta miseria con unas risas que no son otra cosa que el mismo amor de madre que me mueve a no comer o a no dormir? Si puedo aliviarle un poco el sufrimiento, lo haré. Ya tenga que reírme, que revolcarme por el suelo haciéndole cosquillas, o que hacer cualquier otra cosa que no haría nunca en una situación así. Porque, por mis hijos, hago lo que haga falta, le pese a quien le pese. Y ahora, si me disculpan, voy a buscarles. Vayan con Dios.

¡Anda! ¡Si os habéis encontrado al hijo pródigo por el camino!... Pero, ¿qué te ha pasado? Mira qué cara traes... ¿Se puede saber dónde

estabas? ¡Pues no des tantas vueltas, a ver si te vas a marear, tanta vuetica, para arriba y para abajo!... Aquí debías estar. Sí, a buenas horas mangas verdes. Ya ha venido el camión y se ha ido sin nosotros. ¿Cómo querías que subiéramos, sin ti? Si hubieras estado donde tenías que estar... Ahora hay que esperarse vete tú a saber cuántas horas más. ¿Qué te has hecho en la cara? ¿Te has peleado con alguien? ¿El qué? ¿Qué traes ahí? ¡Madre del amor hermoso! ¡Esconde eso, por Dios, que no te lo vea nadie!... Emilio, estate quieto, ahora te dará. ¿De dónde lo has sacado? ¿Cómo que un almacén? ¿Qué almacén? Que has hecho ¿qué? ¡Mariano, hijo!... Sí, claro, y si todo el mundo se tira por un barranco, ¿tú también? Bueno, como ha sido por una buena causa, el Señor te lo sabrá perdonar. No blasfemes, anda, ¡que te gusta más provocar...! Pero ya sabes que no me gusta que vayas por ahí robando, y menos si tienes hasta que pegarte por... Bueno, aunque estén desvalijando todos los almacenes de racionamiento de la ciudad. Podrías haberte hecho daño de verdad. En fin, a ver, ¿qué has conseguido sacar? ¡Virgen santa! ¡Leche en polvo! Dios te lo pague, hijo mío. No, Pepe, espera, hay que prepararla primero, no te la puedes meter en la boca a puñados... Bueno, anda, ¿qué más da?, si tampoco tenemos con qué calentar agua, aquí... Ve con cuidado, no se te vaya a atrancar si se te hace una bola en la boca. Coge poquita. Claro, coged todos. Gracias, Mariano... No, es verdad, muy buena así no está, pero alimentará lo mismo que disuelta. ¿Más? ¡Oh!... ¡Garbanzos! Ven aquí, deja que te dé un beso, hijo. ¿Cómo abrimos la lata? Está bien, ve, corre. ¿Habéis visto lo que nos ha traído Mariano? Pepe, deja la leche, anda, que ahora comeremos unos garbanzicos en conserva que ya verás qué buenos que están. Venid, acercaos más, que no nos vean demasiado... En cuanto vuelva Mariano, que ha ido a abrir la lata. Pues no sé, pero volverá en seguida. No, como antes no, ahora en seguida de verdad. ¿Ves? Ya está aquí. ¿Has podido...? ¡Oh, Señor mío, qué pinta!... A ver, cuidado no os vayáis a cortar. Poned las manos juntas, así, que os sirvo. Pues sí, pero no pensábamos que fuéramos a estar aquí tanto rato... Si es que no hemos cogido nada, ni las fiambreras, ni un cojín por si hay que pasar aquí la noche... Pues sí, podría ser que hubiera que dormir aquí, a este paso... Pero no, no os preocupéis, espero que llegue antes. No sé si de noche también viaja el camión. Espero que sí, porque se nos echa el tiempo encima... Todo el mundo se está yendo, ya lo veis. Esperemos que sí, corazón. Pues si no... no quiero ni pensarlo. Vete a saber qué sería de nosotros si no conseguimos irnos a tiempo... Venga, comed, comed, con cuida-

do. ¿Quieres más, Luis? Ten, toma. Mariano, ten tú también. Emilio. Sí, sí, ya sé que tienes mucha hambre, pero hay que repartirlo entre todos, que todos tenemos hambre... El resto de gente también, así que sed discretos, haced el favor... No te preocupes, hijo. Con esto recuperaremos fuerzas hasta que llegemos a Francia, y allí ya comeremos como Dios manda, ya verás. Sí que están buenos, sí... Hacía mucho que no comía yo garbanzos... Gracias, hijo. Gracias por preocuparte por tus hermanos y por mí. Menos mal que te pudimos reclamar y que estás con nosotros...

¿Qué te pasa, hijo? Ah, claro, tanta hambre que tenías... ¿Ves? Eso por comer demasiado a destajo. Ven, siéntate aquí conmigo y ya verás como en seguida se te pasa. Túmbate de lado, mejor, y no pienses en eso, que, si piensas, te dolerá más. Llevas el pelo muy sucio... ¿Esto es ceniza? Pues sí... Emilio, ¿por qué tienes cenizas en el pelo, hijo? ¿Cuando habéis ido a por comida con Luis? Pues, hijo, ya podrías haber pasado por la otra acera o qué sé yo. ¿También? Vaya por Dios, sí que están incendiarios, últimamente. ¿Papeles? Anda, así que ¿era eso lo que estaban quemando ayer por todas partes? Míralos, qué listos, quemando sus documentos y los papelotes de sus archivos... Ya ves tú, qué servicio le podían hacer esos papeles a Franco a estas alturas, ahora que esto ya está perdido... Podrían haberlos dejado donde estaban y punto, no hacía falta llenar la ciudad de humo y de cenizas... Pues Luis debe llevar el pelo igual, ¿no? Bueno, no pasa nada, en Francia podremos darnos un buen baño. Sí, claro que podremos calentar agua. Pues no lo sé, igual tus tíos tienen ya allí algún sitio y podemos vivir con ellos. Y, si no, seguro que los franceses tienen casas para los refugiados que vayan llegando. Sí, como el hotel de Muntaner, claro. Nos dejarán alguna habitación o algún piso los primeros días, hasta que localicemos a María y nos vayamos con ellos. Pues no sé quién más estará en Francia. ¿Miquel el de Vic? Tal vez sí, puede que también haya ido para allá con su familia, claro. ¿Cómo que por qué nos vamos? Pues porque todo el mundo se está yendo, ¿no lo ves? Porque aquí no nos podemos quedar, hijo... ¿No has oído lo que cuentan de esos hombres? Son más malos que la tiña. Nadie te va a disparar, no te preocupes, nos iremos a tiempo. ¿En...? No, Emilio, en la carretera tampoco van a dispararte... Iremos en el camión. Y, si se acercan los aviones, nos escondemos hasta que se hayan ido. No van a matar a nadie, no tengas miedo. Pues porque lo sé, porque me lo ha dicho el camarada. Antes, cuando

le he preguntado. Eso mismo, que nadie se ha muerto aún en los viajes que llevan hechos. ¿Por qué es un mentiroso? ¿Quién lo ha dicho, eso? Mira, esos hombres de ahí... tienen la lengua muy larga. No te habrá estado calentando la cabeza tu hermano con estas historias, ¿no? Emilio, mírame, escúchame bien: no va a pasarnos nada por el camino, ¿de acuerdo? Venga, pues estate tranquilo... A mí también, hijo... Ojalá estuviera aquí. Pero mira, el Señor tenía otros planes para él y para nosotros... Por algo se lo llevaría antes de tiempo, pobre. Quédate aquí tranquilo, tumbado, que yo ahora mismo vuelvo. Mariano, ¿les echas un ojo a tus hermanos? Voy a preguntar una cosa a esos señ... a esos hombres de ahí. Por cierto, hijo... Antes hemos rezado un poco por el alma de Jaime. Y he mandado también oraciones de tu parte. No hay de qué... Abróchate hasta arriba, que hace frío. Emilio no se encuentra demasiado bien, le duele la barriga. Sí, eso mismo le he dicho yo. El ansia no es buena, ni para comer ni para nada.

Hola, disculpen... Buenas tardes... O buenas noches, sí. Lleva una ya tantas horas aquí adentro que... ¿Qué hora es, por favor? Madre mía, ¡pues desde las diez y media o las once que serían cuando hemos llegado, imagínense!... Casi diez horas hace, ahí es nada. ¿Ustedes son milicianos? Ah, pues no me lo habían parecido... No, es que antes mis niños me lo han preguntado. Sí, claro, ¿para qué íbamos a estar aquí, si no? Aunque, bueno, si no fuera por el pequeño, igual nos habríamos ido a pie, porque, total, con la de rato que hace que esperamos, llevaríamos ya un buen trecho de camino. No, estoy yo sola con los niños. Mi marido falleció al año de empezar la guerra, pobre. Gracias. Sí, esos de ahí son. Mariano, el mayor; luego va Luis, ese de allá; Emilio, el que está tumbado; y el renacuajo es Pepe. Sí, le encanta ese pañuelo. No, bueno, se lo ha dado... Sí, sí, era de su padre, que fue quien se lo dio, y no se desprende de él ni de día ni de noche, ¡ya ven lo sucio que lo lleva porque no se lo quiere quitar ni para darle un agua!... Sí, claro, es de los pocos recuerdos que le quedan, porque no sé si debe acordarse mucho de él, la verdad... De su cara, quiero decir, de cómo era, de su voz. Pepe era tan pequeño cuando nos dejó... ¿Maestra? ¿Yo? ¡Qué más quisiera! Si apenas sé escribir mi nombre y aún gracias... Pero bueno, he educado bien a mis hijos, eso sí. Pero que Dios les coja confesados si esperan que pueda enseñarles yo algo de lo que se aprende en el colegio. Los tres mayores sí. Son listos, además, sobre todo Luis. Él es el que me ha ayudado más desde que falta mi marido. Pero el pequeñico

no. Pero bueno, ya irá en Francia, que seguro que allí habrá muy buenas escuelas, ¿verdad? Pues no, se confunde usted. Debía parecerseme, eso puede ser, pero seguro que yo no era, porque maestra no he sido nunca. Cuando mi marido vivía, estaba en casa con los niños, a veces iba a ayudarle a la era, pero pocas veces. Y aquí en Barcelona he estado yendo a unas oficinas, en la Rambla, a hacer faenas... ¿Qué quieren que les diga? No se me caen los anillos por limpiar la porquería de otros, y menos en estos tiempos y con los cuatro niños en casa, y sola, sin ayuda de nadie, más que de la buena gente. No, el mayor no, pero Luis sí, ha estado trabajando en una trapería hasta esta mañana misma. Sí, ayer cerraron ya, claro, como todo, pero hoy aún ha ido a ayudar a la dueña a hacer algo. Me ha salido muy trabajador, gracias a Dios. Porque allí en las oficinas donde trabajaba yo había muchos papeles que ya no servían y un día le dije: oye, ¿por qué no te vienes? Porque allí en las oficinas hay muchos papeles y es lástima tirarlos. Podrías llevártelos, a ver si los puedes vender al traperero. Y cogió, se fue a alquilar un carro por horas en el puesto ese que hay en... Sí, Diputación casi esquina con la calle Compte Borrell, ese mismo. ¿Lo conoce? ¡Anda! ¡No me diga! Claro, sí, ese es mi hijo, mi Luis. ¡Qué casualidad! Pues siempre estaba muy contento con sus carros. No, es que dejó de ir porque se lo quedaron en la trapería a trabajar. Como siempre iba a la misma, a esa de la calle Diputación, también, cerca de la sala de fiestas, ¿sabe usted cuál le digo? Bueno, pues ahí. Pues como siempre les vendía el papel a los mismos, cuando llamaron al traperero para irse al frente, su mujer y su hija le propusieron a mi Luis si quería quedarse allí en el almacén para ayudarlas con las balas de papel, a pisarlas y empaquetarlas y todo eso. Por eso dejó de alquilarle carros, porque ya no se llevaba los papeles de la oficina. Que, por otra parte, cada vez había menos porque cada vez se trabajaba menos, todo hay que decirlo. Cada día había menos gente, claro, tú dirás. Entre los que se iban al frente a la desesperada y los que han ido huyendo ya estos últimos meses, pues... ¡Ay, qué gracia que conozca a mi Luis! Sí, es muy educado, eso también lo tiene. ¡Que si corre, dice!... Como una bala. Y mira que tirando de un carro lleno de papeles debe ser difícil, pero nada, siempre intentando apurar al máximo para no tener que pagar muchas horas, ¿a que sí? ¡En eso se le ha pegado la fama de los catalanes!... No, claro, ya está bien, ya, en los tiempos que corren. Suerte he tenido de él para salir adelante estos meses. Pues es raro que no le haya conocido. Es que antes ha estado escuchándoles lo que hablaban de la gente que se marcha... La verdad

es que están un poco asustados porque dicen que la aviación ametralla a las caravanas y bombardean las carreteras y no sé qué barbaridades más. ¿De verdad? Pero... ¿Ah, sí? Válgame Dios... Pero la gente... ¿Y si te tiras al suelo no te dan? Pero si vamos en el camión... ¿Muchos? Pero ¿muertos? ¿Y los heridos? Madre mía... ¿Y cuánto dura exactamente el trayecto, lo saben? Jesús... Claro, a este ritmo y con estas condiciones, tú me dirás. No pensaba yo que fuera tan peligroso irse. Sí, eso mismo me ha dicho el camarada esta mañana, y eso dice todo el mundo, claro. Pero, a ver, los niños y yo... bueno, no hemos hecho nada. Sí, claro que somos republicanos, pero no nos hemos metido nunca en política, y mi marido, en paz descansa, tampoco. Hombre, pues claro que fuimos a votar en febrero del 36. ¿Y van a matar a todo el mundo que votó a la izquierda? Pues tendrían que matar a toda Barcelona, casi, y eso no lo pueden hacer... ¿De verdad? ¿Usted cree? Sí, en eso tiene razón, qué duda cabe de que son unos desalmados. ¿Mi marido? No... ¿Cuándo he dicho yo que era de la FAI? Ah, el pañuelo, sí, bueno... Bueno, tengo que volver con mis hijos, ya me disculparán. Muchas gracias por... Que tengan suerte y salud.

Luis, ¿no conoces a uno de esos hombres? Es el del puesto de carros de alquiler. Sí, claro que se acuerda de ti. Se preguntaba si te habría pasado algo, pero ya le he contado que es que te salió un trabajo mejor. Sí, un rato. Sí, hemos hablado de eso también. Oye, ¿te ha dicho la señora Llúcia qué harán, ella y Rosa? ¿Y el señor Pere? Ah, no sabía que ya se había ido. Y, aun así, ¿ellas no? ¿Y qué van a hacer, aquí solas? Ya no te tendrán a ti para que las ayudes. Eso es verdad, no creo que les cueste encontrar a otro mozo. Además, cuando esto acabe, se seguirá vendiendo papel, trapos, cristales... y huesos, sí. Huesos también habrá para dar y regalar. Ojalá tengan suerte y no les pase nada... ¿Qué? Sí, hijo, estoy bien. Estoy pensando. Sólo pienso... En todo esto... En esta... En vosotros... En... Emilio, levántate, anda. Venid aquí. Mariano, tú también. Venid, apartémonos un poco. Aquí. Vamos a ver... Veamos... Teníais razón, están atacando desde los aviones a la gente que se va al exilio. No, Pepe, no nos vamos a morir... A nosotros no nos van a atacar, no tengas miedo. Porque lo sé. Porque no nos vamos a ir. No, no nos vamos. De momento, quedarnos en Barcelona y esperar a que lleguen los nacionales y a que se termine la guerra. Ya lo sé, hijo, ya sé lo que he dicho, y lo que todo el mundo dice, pero ¿qué nos van a hacer? A una mujer y a cuatro niños... No hemos hecho nada malo,

nosotros. Sólo hemos vivido con el gobierno que nos ha tocado, nada más. ¿Por qué vamos a huir? Peor aún, huir nos haría sospechosos de algo, y no somos sospechosos de nada, nosotros. Si fuéramos familia de políticos o de militares, tendría sentido arriesgarse a irse, pero no es el caso. Nosotros no somos nadie, hijos míos... Y no van a hacernos nada, ya lo veréis. Nos quedaremos en nuestra habitación de Muntaner hasta que esto llegue a su fin. No, ricura, ya no vamos a esperar más a ningún camión. El viaje es muy largo, hace demasiado frío, y... no estoy dispuesta a quedarme sin alguno de vosotros. O sin ninguno. Además, ¿qué se nos ha perdido a nosotros en Francia? No te preocupes, Pepe, la prima podrá venir a vernos cuando quiera. Volveremos a verles muy pronto, en cuanto esto termine de verdad y de una vez por todas. Si da igual ya eso, Mariano, da igual quién gana, ¿no te das cuenta? Lo importante es que llegue la paz por fin, que dejemos de pasar hambre, que esta miseria se acabe y podamos volver a nuestras vidas. Estoy harta de tanta guerra, de huir de aquí para allá con lo puesto, de perder a los que quiero por el camino, de no saber si mañana voy a despertarme para vivir un día más o si una bomba nos hará saltar por los aires antes de que amanezca. No aguanto seguir siendo unos refugiados de guerra, sin casa, sin tierra, sin nada. Lo hemos perdido todo, ¿qué más nos van a quitar los que vengan? Lo único que tenemos ahora es la vida, y no pienso dejarla en manos del azar por montarme en un camión que va por un sendero de minas. La idea de que os pase algo es demasiado terrible. Mucho más que los moros que están por llegar y que el temible generalísimo. Claro, ¿te crees que a mí no? Pero más miedo me da perderos bajo las balas, en cualquier camino dejado de la mano de Dios rumbo al extranjero. Ya sabéis lo que dicen: más vale malo conocido que bueno por conocer. Así que vámonos. No ¿qué? Mariano, por favor, no hagas las cosas más difíciles de lo que ya son. Ya sé que esa es tu especialidad, pero haz el favor de no montar un numerito de los tuyos ahora, porque no es momento ni lugar. Pero no has luchado en el frente, y sólo estuviste unos meses en aquel cuartel, ¡y eras un crío! Mariano, escúchame. Mírame. No pienso dejar que te pase nada. Nada es nada, ¿de acuerdo? Por favor, vamos. ¿Y no lo piensas al revés? ¿Qué crees que nos podría pasar a nosotros cuando descubran que el cabeza de familia ha huido al exilio? ¿Qué clase de gente van a pensar que somos? Republicanos implicados en todo esto. No, por supuesto que no lo somos, Mariano. Implicados ¿en qué? ¿En qué nos hemos implicado nosotros? Venga ya, lo tuyo fue un berrinche de niño crecidityo, una pro-

vocación, pero nada más. Te alistaste por hacerte el hombre, el valiente, el que todo lo sabe y todo lo puede. Pero no tenías ni idea de dónde te estabas metiendo. Si hasta te fue bien la muerte de tu padre, en gloria esté, para que te pudiéramos reclamar. No me mires así, no. Y ni se te ocurra faltarme, que soy tu madre. Las verdades duelen, hijo mío, pero es lo que hay, la vida es así. Y ahora haz el favor de ponerte bien el abrigo, que afuera hará mucho frío. Lo siento, pero te necesitamos con nosotros. Si no lo entiendes ahora, ya lo entenderás más adelante. Esto sí que es por el bien común. Exacto, por nuestro bien común. ¿Ves como ya lo vas entendiendo? Pepe, ven aquí, angelito, vamos a quitarte esto. No, no, no, no. No empieces tú también ahora con la pataleta, que bastante hemos tenido ya por hoy. Es muy tarde, estamos todos muy cansados. Pepe, no llores. Suelta eso, va. Que lo sueltes, te he dicho. ¡Pepe! ¡Deja ese pañuelo de una vez, hombre! Pepe, por Dios. Se me está acabando la paciencia. Suelta el pañuelo, no te lo voy a repetir más veces. Te la estás ganando. Deja de hacer pucheros o vas a terminar llorando de verdad. Muy bien, se acabó. Saca las manos ahora mismo. ¡Que las saques! ¡Quita, te digo! ¡Que lo dejes! ¿Ves? Eso te pasa por no hacer caso cuando se te dicen las cosas. ¿Y ahora a ti qué te ocurre? Quítale eso del cuello a tu hermano y vámonos, venga. Pues lo tiras. ¿Piensas llevártelo de recuerdo y que te lo encuentren los fascistas? Anda que, tú también, vaya cosas de preguntar. Qué poca sesera tienes a veces, hijo. Déjale que lllore, Luis. Ya se le pasará. ¡Y vámonos de una vez, por Dios santo!

Bueno, ya estamos de vuelta, otra vez aquí. Id a por las mantas que dejamos en el baúl, corre. ¡Mira que no cogerlas, con la falta que nos habrían hecho!... Las prisas nunca son buenas consejeras... No, no es una decisión tomada a la ligera, Mariano, puedes estar seguro. ¿O te crees que casi doce horas no dan para pensar bien las cosas? Pues nada, esperar. Seguir esperando, lo mismo que todo el día. ¿Y qué más da que en lugar de un camión ahora esperemos unos tanques? La cuestión es que lo único que podemos hacer es seguir esperando... Pepe, ven aquí, anda. Ven. Ven... A ver esa cara. Con este frío, se te van a congelar los moquitos y las lágrimas, como no pares. Tienes que obedecer a tu madre, ¿me oyes? Que yo, cuando te digo las cosas, es por tu bien. Y ya hace tiempo que no eres un bebé, ¿a que no? Pues ya está. Tienes que comportarte como un niño grande y hacer lo que se te manda y cuando se te manda. ¿De acuerdo? Bueno, anda, deja de llorar, que no ha

sido para tanto, hijo. ¿Dónde te duele? A ver, a ver la cara, deja que te... Estás helado... La tienes roja por el frío, pero nada más. Bueno, venga, ya está, que tampoco te he dado tan fuerte... A ver... Sana, sana, culito de rana, si no sana hoy, sanará mañana. ¿Mejor? ¿Ves qué bien? Anda, dame un beso tú también. Estás cansadito, ¿verdad? Sí, a ti lo que te pasa es eso, demasiadas emociones en un día... Ve a pedirle a Mariano un puñadico de leche en polvo, y luego nos ponemos a dormir, ¿sí? Que mañana será otro día, si Dios quiere. Ale, pues venga. No, esta noche no bajaremos, no han sonado las alarmas, ¿verdad? He pensado que cuando oigamos que ya están por entrar, podemos resguardarnos en el refugio de la plaza Tetuán, que es más grande, y salir cuando veamos que la cosa está en calma. Al menos allí estaremos acompañados, habrá mucha gente, seguro. ¿Qué Imperium? Qué chistoso te pones, Mariano... Bueno, si quieres quedarte tú aquí abajo en la sala de fiestas, como gustes. Nosotros nos iremos a Tetuán, que no tenemos nada que celebrar. Mira, hijo, ya te he explicado antes lo que hay. Si te gusta, bien, y, si no, también. Muchas opciones más no tienes, lo siento. A ver, acercaos los cuatro. A partir de ahora las cosas seguro que van a ser distintas, ¿de acuerdo? Lo más importante es permanecer juntos. Y no tener miedo, porque no va a pasarnos nada. Pues no tienes que tenerlo, no van a hacernos nada, no suponemos ninguna amenaza para ellos... Sí, Mariano, de verdad lo creo. Todos debemos hacer un esfuerzo por creerlo. No podemos dejar que se nos note el miedo, porque el miedo se huele. Hay que sonreír cuando lleguen, que vean que nos alegramos de que se haya terminado la guerra. Da igual por qué piensen que sonreímos, pero más nos vale que nos tomen por los suyos. Y hay que saludar así, con el brazo bien arriba. Así, sí, muy bien. No sé, Emilio, digo yo que da lo mismo un brazo que otro. Bueno, no, mejor levantad el derecho, que a esta gente le disgusta todo lo que venga de la izquierda y no hay que hacerles enfadar. Pues cuando lleguen hay que levantar así el brazo. No, no, Pepe, corazón, abre el puño. Nada de puños cerrados, eso era de los otros. A estos se les saluda así, con la mano bien tiesa, como en las fotos. Será todo lo ridículo que tú quieras, Luis, no te digo yo que no, pero hay que hacerlo. Por nuestra vida que hay que hacerlo, hijos míos. Tampoco es un precio tan alto poder recuperar la paz si a cambio hay que estirar el brazo y gritar viva Franco. Claro, claro que tendremos que gritarlo. Cuando les recibamos. Van a ser nuestros salvadores, van a traer la normalidad a nuestras vidas otra vez, da igual de qué bando sean. Ya no vamos a pasar más hambre, ¿no te das cuenta?

Eso bien vale gritar lo que quieran que gritemos. ¿Qué más nos da a nosotros, si lo único que queremos es vivir en paz y que todo esto se acabe? Todo. Que se acaben las bombas, y los muertos, y los fusilamientos, y los que encarcelan por nada. Que se acabe el hambre terrible que pasamos y el racionamiento. Las luchas entre hermanos. Y saber qué pasa de verdad en este país nuestro. Y que vuelvan los que no sabemos dónde están. Y que ya no se asesine a la gente por lo que piensa. Todo esto. Que se acabe ya de una vez todo lo que nos ha traído esta maldita guerra. Y sus esperas interminables... Venga, brazos en alto, intentad una sonrisa: ¡Viva Franco!

COLOFÓN

ESTHER LÁZARO

Barcelona, noviembre 2017

A MÍ ME HUBIERA ENCANTADO SER nieta de exiliados republicanos. Que mis abuelos hubieran terminado en un campo francés en el invierno de 1939. O que mi bisabuela hubiera pertenecido a la CNT de jovencita y hubiera vivido represaliada por ello durante la dura posguerra española. O que mi bisabuelo hubiera estado en un campo de concentración, o en una cárcel de Franco, o incluso se encontrara desaparecido, con sus restos en alguna cuneta... Y no es que sea una sádica, aunque pueda parecerlo al desear tanto mal a mis seres queridos; ni una frívola, ya que comprendo bien el dolor que eso supone para las personas que lo han vivido. Es porque así sabría que alguien de mi familia luchó por unos ideales justos, hizo la guerra del lado de la República, defendió a un gobierno legítimo y popular frente a los sublevados que arrasaron España y la sumieron en una dictadura que duró demasiado y que – cada vez es más evidente– dejó muchas trazas en la actual democracia española. O tal vez sólo lo desee porque así podría justificarme a mí misma, justificar por qué yo me aferro a la utopía de la bandera tricolor, a la memoria de una guerra que no viví y de un exilio que sólo conozco a través de los libros. Por qué ese sentimiento republicano, ese deseo vehemente de rescatar del olvido a los que tuvieron que huir de su país, a los que no pudieron huir a tiempo... Hace años que me dedico a la investigación del exilio republicano español en torno a la literatura y el teatro. Estudiar el exilio implica también ahondar en sus causas, en la Segunda República española y en la guerra civil que terminó con ella. Y

eso, cuando se ha nacido a finales del siglo xx, te lleva tarde o temprano a hacer preguntas a tus mayores. Esas preguntas que tal vez la generación posterior no se atrevió a hacer, pero que nosotros, que creemos estar más lejos del conflicto, sí formulamos.

Yo me crié durante gran parte de mi infancia con mis abuelos maternos. En el largo paseo desde la escuela hasta la casa donde vivían, mi abuelo Luis siempre me contaba historias. A veces sobre películas antiguas que le habían gustado y me relataba (mi favorita era *Sansón y Dalila*); otras, curiosidades pseudocientíficas como el misterioso triángulo de las Bermudas, que me tuvo en vilo durante meses; y otras eran episodios de su vida, de su infancia. Siempre hablaba de su infancia como una época muy feliz, y me contaba maravillas de la República. De la guerra no me hablaba demasiado, aunque en mi imaginario infantil, cuando todo se reducía a malos y buenos, mi abuelo y su familia eran de los buenos, de los que les gustaba la República, de los que cantaban canciones sobre cortar la cabeza al rey, que a mí me hacían mucha gracia aunque no entendiera su trasfondo.

Con los años, sin embargo, empecé a hacer preguntas. Preguntas mucho más insidiosas. Si eran republicanos, ¿por qué no se fueron al exilio? ¿Por qué se quedaron y cambiaron las canciones republicanas por el «Cara al sol»? ¿Por qué se resignaron a formar parte de esa mayoría silenciosa y subyugada durante décadas? ¿Por qué no tomaron partido más activamente? En el fondo, lo que yo quería era que fueran héroes... cuando sólo eran gente normal y corriente que trató de sobrevivir como pudo a la dureza de esos tiempos. En uno de los interrogatorios amistosos a los que sometía a mi abuelo de vez en cuando, le pregunté directamente por qué no se habían exiliado. Él me miró durante un momento y se encogió de hombros. Me explicó que estuvieron a punto de hacerlo, que fueron con su madre y sus hermanos (el padre murió en el verano de 1937) a esperar unos camiones que llevaban gente a la frontera para irse a Francia, pero que en el último momento se lo repensaron, porque les entró miedo de que pudieran ametrallarles durante el camino, y decidieron quedarse en Barcelona. Luego siguió hablándome de qué pasó cuando entraron las tropas franquistas en la ciudad, y el comentario sobre el camión quedó en eso, en un simple comentario.

Todavía unos años más tarde, a finales de 2016, fui al cine a ver el documental *España en dos trincheras. La guerra civil en color*, de Francesc

Escribano y Luis Carrizo. Se trata de imágenes de archivo grabadas durante la guerra, que ahora han coloreado. El efecto es un tanto singular, pero las imágenes son muy buenas y está muy bien montado. En medio del film, de repente, oí en mi cabeza una voz femenina, la de la bisabuela a la que no conocí, que gritaba que debían irse de allí en seguida. Y esa fue la primera frase de esta obra, que salió de mí de un golpe, como si aquella anécdota que me contara mi abuelo hubiera germinado durante aquellos años y ahora no pudiera aguantarse más y necesitara salir. Todos los datos que aparecen en el texto son verídicos, si bien se trata, lógicamente, de una ficción basada en hechos reales. El personaje de Apolonia, mi bisabuela, es una completa fabulación, ya que yo no llegué a conocerla y, lo poco que conocía de ella, no me gustaba. Mi abuela Anita, que siempre fue como una madre para mí, me contó que cuando se casó con mi abuelo, su suegra, Apolonia, le hizo la vida imposible. Y alguien que hiciera sufrir a mi abuela se convertía para mí en enemigo *ipso facto*, incluso aunque estuviera muerto.

Pero esta obra, o así he querido entenderlo, va más allá de una anécdota familiar, aunque surgiera de ahí. Para mí, escribir teatro es un modo de entender mejor aquello que me rodea, de tratar de comprender lo que me inquieta. Escribir teatro es también hacer memoria. Escribir teatro es incluso un acto político. Con este texto, en cierto modo, quise dar voz a aquellos españoles de los que no me siento orgullosa, los que fueron vencidos por el miedo y prefirieron una vida gris y silenciada. Aquellos que forman parte de la mayoría, que no tienen historias terribles y maravillosas que contar, que simplemente sobrevivieron, sin más, y procuraron vivir lo más tranquilamente posible en una dictadura, practicando el «oír, ver y callar». Aquellas personas como mi bisabuela, que, sin ser franquistas, optaron por no huir y por adaptarse a lo que llegara. Es muy fácil hablar desde el presente y llenarse la boca asegurando que yo me hubiera ido al exilio de cabeza, que jamás hubiera claudicado, que jamás hubiera reconocido un régimen ilegítimo... ¿Pero qué habría hecho, en realidad, si me hubiera encontrado en esa convulsa Barcelona del invierno de 1939, sola y con cuatro hijos a mi cargo? ¿Me habría jugado la vida y, sobre todo, sus vidas, en un viaje incierto hacia una Francia que, como sabemos ahora, les recibió de la peor manera posible y los hacinó en campos de concentración en medio de playas heladas? Ahora comprendo que tal vez el gesto de Apolonia fue un gesto valiente, aunque yo no haya sido capaz de verlo hasta que no he leído varias veces esta obra.